

Un shock de evolución lenta: Cómo el conflicto en Oriente Medio redefine las economías y los mercados laborales

El enfrentamiento en Medio Oriente, desencadenado el pasado 28 de febrero con la intervención militar de Estados Unidos e Israel contra Irán, no representa una perturbación coyuntural. Se trata de un "impacto de gestación paulatina y efectos prolongados" que está remodelando los mercados laborales, las redes de distribución y las estructuras económicas a un ritmo que supera la capacidad de respuesta de los Estados. Esta advertencia fue emitida a finales de mayo por diversos documentos de organismos de la ONU, los cuales, de manera independiente, convergen en un mismo veredicto: el planeta transita hacia una etapa de vulnerabilidad duradera.

Tanto la Organización Internacional del Trabajo (OIT) como la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) coinciden en que la contienda ha fracturado el abastecimiento de energía, encarecido abruptamente el transporte, reactivado las presiones sobre los precios y sembrado una profunda incertidumbre en los ámbitos financiero, comercial y de inversiones. Además, señalan que las repercusiones de mayor gravedad apenas comienzan a vislumbrarse. Este conjunto de factores propiciará un frenazo en la expansión económica que, según las estimaciones de la ONU, se ubicará en el 2,5% para el 2026, una cifra notablemente inferior a los registros previos a la crisis sanitaria, con un tímido repunte hacia el 2,8% en el 2027.

Bajo un escenario hipotético planteado por la OIT, si el valor del barril se mantiene un 50% por encima de los registros de inicios del 2026, la jornada laboral global se contraería un 1,1% en el 2027, lo que se traduce en la desaparición de 38 millones de puestos de trabajo de dedicación exclusiva. Paralelamente, los salarios reales experimentarían un descenso del 3%, representando una merma de 3 billones de dólares en los ingresos de los trabajadores.

Las zonas más vulnerables a este fenómeno son los Estados Árabes y la región de Asia y el Pacífico. En el primer caso, la jornada laboral podría contraerse hasta un 10,2% bajo un contexto de escalada severa, una cifra que duplica el impacto registrado durante el pico de la pandemia de COVID-19. En Asia y el Pacífico, la reducción alcanzaría el 1,5% en el 2027, lo que equivaldría a la pérdida de millones de empleos.

La OIT hace énfasis en que la fuerza laboral migrante, crucial para sostener economías enteras en el sur y sudeste asiático mediante el envío de divisas, asumirá una carga desproporcionada del ajuste económico. La contratación hacia las naciones del Golfo ha colapsado y los retornos forzosos se multiplican. Los flujos de remesas, vitales para la subsistencia de innumerables familias, comienzan a mostrar signos de debilitamiento.

Por otro lado, la UNCTAD ha ajustado a la baja sus proyecciones de crecimiento para el intercambio comercial internacional, el cual se situará entre el 1,5% y el 2,5% en el 2026, en contraste con el 4,7% observado en el 2025. Esta desaceleración resulta aún más evidente cuando se filtra el efecto artificial del boom comercial ligado a la inteligencia artificial, el cual ha ocultado la fragilidad en los sectores tradicionales y dependientes de materias primas.

El repunte inflacionario se acentúa con fuerza. Las naciones en desarrollo verán cómo sus índices de precios saltan del 4,2% en el 2025 al 5,2% en el 2026. En las economías avanzadas, la inflación pasará del 2,6% al 2,9%, superando así las metas establecidas por las autoridades monetarias.

Uno de los descubrimientos más alarmantes de la UNCTAD revela que la crisis energética está convirtiendo la seguridad alimentaria en un asunto de estabilidad financiera. El encarecimiento de los abonos agrícolas y la inestabilidad de los mercados ponen en jaque a las grandes corporaciones distribuidoras de alimentos. Un colapso en este segmento podría desencadenar una interrupción en el suministro mundial de proporciones imprevisibles.

Frente a este panorama, la OIT exhorta a los ejecutivos nacionales o gobiernos a implementar estrategias enfocadas en la preservación del empleo, la concertación social y el cumplimiento de los estándares laborales internacionales, blindando a los sectores más expuestos (trabajadores informales, migrantes y desplazados) así como a las micro y pequeñas empresas. De manera simultánea, la UNCTAD demanda una mayor coordinación global, reglas comerciales estables, redes de protección financiera para los países en vías de desarrollo y un impulso acelerado hacia las fuentes de energía limpia como única alternativa para blindarse ante futuras sacudidas.

Ambos documentos convergen en un pronóstico pesimista: lo que inició como una perturbación en el sector energético está mutando hacia una crisis laboral, comercial y, potencialmente, alimentaria. Y, una vez más, las naciones con menor desarrollo son las que cuentan con menores herramientas para amortiguar el impacto.